

TERRITORIOS, LUGARES E IDENTIDADES: UNA PERSPECTIVA DE ANÁLISIS ESPACIAL SOBRE LA CTD ANÍBAL VERÓN*

Fernanda Torres

Los lugares, los barrios, las plazas, las casas, los caminos por los cuales transitamos y en los cuales vivimos, en ocasiones son representados socialmente como imágenes inmutables que nos remiten a las permanencias, a lo incambiado, lo perenne. Tal como planteaba el geógrafo del sexto planeta visitado por el Principito, al explicarle que no anotaba las flores en su libro por ser efímeras: “Las geografías [...] son los libros más valiosos de todos los libros. Nunca pasan de moda. Es muy raro que una montaña cambie de lugar. Es muy raro que un océano pierda su agua. Escribimos cosas eternas” (Saint-Exupéri, 1973: 56). Lo eterno, lo no efímero encerrado en sus límites observables y medibles: estas ideas han ganado popularidad abonadas por diversas producciones académicas que correspondieron a la geografía nepositivista de mediados del siglo XX, geografía empirista, preocupada por las mediciones y los métodos científicos capaces de establecer las leyes que rigen el ordenamiento espacial.

* El contenido de este trabajo está basado en parte de mi tesis doctoral *Territorio e identidad en los movimientos de desocupados en Argentina. El caso de la CTD Anibal Verón*, Doctorado en Ciencias Sociales, FaHCE, UNLP.



Pero las ciencias del espacio han reformulado y problematizado su rol entre las ciencias sociales en los últimos tiempos, al rejerarquizar la importancia del espacio como dimensión explicativa de y por lo social, que permite resaltar su carácter inestable, contingente, en constante transformación. Por otra parte, la crisis de los grandes paradigmas, los efectos del colapso del fordismo y la creciente desindustrialización, la crisis del Estado y los subsiguientes procesos de descentralización, llevaron al análisis de lo local. En este sentido, el espacio es comprendido como la nueva unidad de referencia y, sin caer en un determinismo geográfico, observamos que el concepto de espacio reaparece en el mundo académico con renovada fuerza. En palabras de Doreen Massey (2005), asistimos en la actualidad a una “moda” geográfica, donde el espacio es entendido como una categoría en permanente transformación y que requiere de herramientas analíticas adecuadas para comprender su enorme significación para la vida social.

Quizás no haga falta recordarlo, pero no deja de ser ilustrativo pensar en las veces que recorremos un sitio conocido y no podemos menos que observar los cambios, sutiles o grotescos, que alejan la actual experiencia de las imágenes que guarda nuestra memoria. La experiencia, subjetiva y colectiva, contradice habitualmente, entonces, los presupuestos que la teoría geográfica tradicional y, por extenso, las diversas ciencias sociales le asignaban al espacio como atributo permanente, sujetado para pensar los procesos sociales. La metáfora del “escenario”, del “marco” remite, justamente, a la concepción del espacio como el continente, los límites físicos y permanentes dentro de los cuales “ocurren” los hechos y procesos.

Y, profundizando aún más en este ejercicio, puede proponerse la consigna de pensarnos a-espacialmente –meta sin duda inútil e imposible en igual medida–, tanto como pensarnos a-temporalmente. Por archisabido, no es ocioso repetir que el tiempo y el espacio son categorías distinguibles solo analíticamente, puesto que representan las variables de inteligibilidad, básicas e inevitables para toda forma de apropiación de la realidad, categorías fundantes de todas las formas de lenguajes y de todos los tipos de discursos.

Si bien el debate en torno a la imposibilidad de concebir el espacio y el tiempo como órdenes separados no podrá ser abordado en toda su complejidad, considero necesario dejar sentado aquí que no acuerdo con una visión parametral que define al espacio como el continente

de los hechos sociales y al tiempo como el lapso en el que ocurren los fenómenos, es decir, como simples variables a delimitar, sino que, por el contrario, tiempo y espacio son vistos como órdenes instituyentes de los fenómenos, que aparecen como tramas inseparables. Sin embargo, “no obstante la convicción de que tiempo y espacio deben concebirse de manera unificada, también es cierto que pueden ser analizados convenientemente de manera separada, siempre y cuando en su tratamiento, insistimos, no olvidemos su indisoluble unidad” (Valencia García, 2002: 7-8). Entonces, tiempo y espacio deben ser considerados como órdenes instituyentes de los fenómenos, como tramas inseparables, pero que, con fines analíticos, pueden identificarse separadamente.

En este trabajo, busco fundamentar las razones por las cuáles considero importante analizar la categoría espacial y su productividad para comprender la constitución de las identidades colectivas. Las identidades tienen un “cemento” espacial que, no pocas veces, es olvidado y dicho olvido, en ocasiones, imposibilita, según mi perspectiva, la comprensión de las acciones, valoraciones e identificaciones de los colectivos sociales que encarnan dichas identidades. Investigaré, entonces, los vínculos entre la acción colectiva, la constitución de identidades y la dimensión espacial en el análisis de caso de una organización de desocupados en Argentina, la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (CTD-AV). Propongo estudiar la CTD, y su proceso de constitución en actor político y articulación como tal, a través de las prácticas y sentidos espaciales que circulan en el movimiento, por medio de un ejercicio de análisis comparado entre tres diferentes localizaciones de la CTD-AV: en las localidades de la Región Metropolitana de Buenos Aires, en la localidad de Comodoro Rivadavia (provincia del Chubut) y en la de Tartagal (provincia de Salta). El rol y el significado del espacio a través de los conceptos de *territorio* y *lugar* y su relación con la configuración identitaria del movimiento son, como veremos, elementos que aparecen como centrales al introducir, de diferentes maneras de acuerdo a estas diferentes localizaciones, la producción del conflicto.

De acuerdo con estos objetivos, se realizará el siguiente recorrido: en el primer apartado se abordará el tratamiento teórico de las categorías centrales del tema propuesto: por una parte, expondré brevemente las concepciones teóricas en torno al espacio, el *territorio* y el *lugar* que permiten arribar a definiciones diferenciadas y, por otra, plantearé

el concepto de identidades colectivas, distinguiendo las identidades sociales y las identidades políticas. Luego, se desarrollará el argumento que permite operacionalizar dichas herramientas por medio de la teoría del espacio de Henri Lefebvre para el análisis de la acción colectiva de los movimientos sociales, tomando como caso específico la CTD Aníbal Verón. Por último, se presentarán algunas de las conclusiones que permiten dar un cierre provisorio a la discusión planteada.

“Nosotros y ellos”: el espacio, en “este” lugar, desde “mi” territorio

En la literatura académica de las ciencias sociales –aunque, por supuesto, en menor medida en la literatura geográfica– es habitual encontrar referencias al “espacio”, a los “lugares” y a los “territorios” sin distinguir el alcance de cada uno de estos términos. De acuerdo al interés propuesto en este artículo, he definido, como primer paso, desentrañar definiciones particulares que permitan una mejor operacionalización de dichos términos para el análisis social y su potencial analítico para el estudio de la constitución de identidades colectivas.

El problema de la identidad

Retomemos la discusión alrededor de los procesos de constitución identitaria, partiendo de un acercamiento no esencialista, sino procesual y relacional, de la misma. Una concepción de la identidad que, sin dejar de considerarla, por tanto, como un resultado contingente e inestable de procesos, sentimientos y prácticas determinadas, tampoco desconoce la posibilidad de su definición y su potencial explicativo en tanto categoría que puede describir y analizar experiencias históricas y biográficas configurativas que han sedimentado, articulando la diversidad y desigualdad en modos de imaginación, cognición y acción que presentan elementos comunes. Esta versión experiencialista de la identidad, que coincide con la planteada por Grimson (2003), si bien retoma la visión constructivista, se diferencia de sus versiones más posmodernas, porque enfatiza la posibilidad de la sedimentación.

Se torna necesario, entonces, identificar la capacidad de los suje-

tos sociales de articular prácticas sociales y políticas en torno a una identidad que se erige y construye en relación a un *otro*, a un *ellos*, configurando históricamente una subjetividad colectiva que es el paso necesario hacia la posibilidad de la acción transformadora.

Por otro lado, coincido con los enfoques que sostienen que la identidad no puede ser capturada por la noción de interés. Para Calhoun (1999), debe tenerse en cuenta que la identidad se define cada vez más en términos culturales y que muchas acciones colectivas emprendidas en las últimas décadas buscan construir o expresar una identidad más que conseguir algún objetivo de tipo material, más asociado a la idea instrumental de la acción. Sugiere que las identidades y los intereses de los participantes en la acción colectiva no están objetivamente determinados, sino subjetivamente contruidos, aunque bajo condiciones no sujetas al control individual. Concuerta, en este sentido, con lo expuesto por Manuel Castells (1999: 28) quien considera que la identidad refiere a la construcción de sentido, respondiendo a un atributo cultural o a un conjunto de atributos culturales relacionados. Toma en cuenta la pluralidad de identidades que pueden atravesar a una misma persona, pero cree que la fuente de sentido siempre prioriza algún componente cultural sobre otros.

La identidad colectiva, además, surge del esfuerzo por resignificar nudos de sentido que no son “creados de la nada”, sino que provienen de la propia historia colectiva. Pensemos en los sentidos históricamente contruidos alrededor de la idea de trabajo que han predominado entre los sectores populares en nuestro país y cómo, si bien estos sentidos han sido reconfigurados luego de las transformaciones estructurales sufridas durante el neoliberalismo, no pueden negarse absolutamente. Por el contrario, los movimientos de desocupados surgidos a fines de la década del noventa han enfatizado, a partir del propio nombre de sus organizaciones, su reivindicación en tanto trabajadores, transformando su condición de desocupados en un adjetivo –‘contingente’, ‘provisorio’– del sustantivo “trabajadores”: Movimiento de Trabadores Desocupados; Coordinadora de Trabajadores Desocupados, Unión de Trabajadores Desocupados.

En el caso de los movimientos sociales, además, el momento de la acción colectiva aporta nuevas percepciones y nuevos significados que deben ser distinguidos para pensar en la construcción identitaria del movimiento como tal. No solo se alimenta del pasado sino que el



momento de la acción y la propia experiencia colectiva en torno de dicha acción son los que permiten la institución de uno de los elementos constitutivos de la identidad: el *otro*. Citando nuevamente a Calhoun: “la identidad no es una condición estática y preexistente que pueda ser analizada como una influencia causal sobre la acción colectiva; tanto a nivel personal como colectivo la identidad es un producto variable de la acción colectiva” (1999: 79).

Los movimientos de trabajadores desocupados inscriben buena parte de la aparición colectiva del nosotros, la capacidad de transformar la primera persona del singular en plural, en la definición de la otredad frente a la cual se distinguen y definen. Y también frente a la que se articula la acción social, es decir, no se presume que la propia acción colectiva construya identidad por sí misma, por el contrario, dicha acción debe suponer un *otro* ante el cual oponerse y reclamar y esa definición del otro no siempre es la misma, de ahí la necesidad de la corroboración empírica en la cual, puede adelantarse, el espacio como dimensión analítica cumple un rol central.

La alteridad, la acción –producto de la voluntad y la decisión colectivas– permiten pensar en la forma de construcción de la identidad en términos de movimiento social. Son cualidades que en este trabajo se atribuyen también al referente organizativo que representa la unidad de análisis, CTD-AV, y a las que se suman las definiciones espaciales como componentes centrales en dicha constitución identitaria. El espacio, entendido en su doble dimensión de *lugar* y *territorio*, nos permitirá introducir una distinción que también consideramos productiva: la que permite definir las identidades sociales y las identidades políticas.

Aboy Carlés (2005) resalta la doble dimensión de la diferencia como componente indispensable para pensar la constitución de identidades políticas. La diferencia entendida como el límite que permite articular matrices sedimentadas de acción, y la diferencia entendida como la ruptura y transformación de dichas matrices de acción. De nuevo se ve la posibilidad de la contingencia y la permanencia casi como un “juego imposible”, donde no valen intentos por determinar su sentido *a priori*. Aboy Carlés define, entonces, la identidad política sobre la base de esta doble dimensión de la diferencia:

como el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen a través de un mismo proceso de

diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos. (2005: 121)

De acuerdo a Giménez (1997, 2007), las identidades sociales pertenecen al campo de la construcción de “cultura subjetivada”, es decir, resultan de la interiorización peculiar de ciertos rasgos culturales por parte de los actores sociales, que sirven para definir su unidad interna y su diferenciación externa; mientras que las identidades políticas surgen allí donde las identidades colectivas se orientan a la participación directa en el ejercicio del poder o a la intervención sobre los poderes públicos en términos de influencia y de presión.

Sobre esta distinción analítica entre identidades sociales y políticas, propongo, aquí, vincular los conceptos de lugar y territorio, que se ampliarán en los siguientes apartados, con el objetivo de allanar el camino para la comprensión de la relación espacio e identidades colectivas: el concepto de lugar remite a configuraciones subjetivas de sentimientos de apropiación y sentidos de pertenencia, refiere al espacio definido y entendido en términos identitarios y nos habla de aquellas identidades sociales que, en estos casos, son identidades sociales y espaciales en un mismo movimiento; por su parte, el concepto de territorio permite pensar en el poder y el control de un determinado espacio, marcando sus límites y la posibilidad de entrar y salir del mismo, remite a relaciones de fuerza, conflicto y disputa que ayudan a reflexionar sobre la configuración de identidades políticas.

Considero fundamental la definición multidimensional del espacio para pensar la conformación de actores colectivos. Reivindicando una concepción social y relacional del espacio, entiendo que es la acción recíproca, la interacción social la que vuelve el espacio un territorio/lugar significativo. Y en tanto territorio/lugar social significativo es que puede pensarse en relación al proceso de construcción de una identidad social o política. Pero también pienso que, como señala Auyero (2002: s. p.): “lo espacial debe ser abordado no simplemente como producto de procesos sociales (esto es, el espacio como ‘socialmente construido’) sino también como parte de la explicación de estos procesos sociales (esto es lo social como ‘espacialmente construido’)”.



Con este objetivo, entonces, se trabajará sobre los conceptos de “territorio” y “lugar” como las dos formas analíticamente distinguibles para operacionalizar la categoría espacio¹ en pos de su uso analítico para la comprensión de los procesos de construcción de identidades colectivas.

Los lugares y las identidades sociales

Desde mediados de la década del setenta en el mundo anglosajón, a través de la geografía humanista de raíz fenomenológica, se puso el acento en el análisis del mundo con especial énfasis en la cuestión del *lugar*. Para esta escuela, el lugar es centro de significado y foco de vinculación emocional para las personas, a la vez que puede ser identificado con un área delimitada y discreta. La carga simbólica de esta porción concreta del espacio es central, el espacio es concebido como abstracto y el lugar asociado a significados y valores más concretos que son construidos con el paso del tiempo.

Doreen Massey (2005), desde una perspectiva diferente, propone un concepto de lugar en el cual la identidad pasa a ser un proceso de construcción en el que se involucran constantemente las relaciones con el afuera, y permite considerar la posibilidad de conflictos en dicha construcción, dando por tierra con las pretensiones de unicidad y armonía que suponía la perspectiva humanista asociada a la comunidad. Por otro lado, la autora rechaza la necesidad de establecer fronteras precisas e inmutables para la identificación de los lugares, por el contrario, desde este enfoque se acentúa el carácter contingente y cambiante de los lugares y su posibilidad de superposición.

Si los lugares solo son el producto de relaciones –entre el hombre y la tierra, y entre los hombres– y sobre todo de la conciencia de esas relaciones, los lugares y los no lugares no existen en forma absoluta. Siguiendo esta idea, los lugares pueden ser nómades o efímeros. Solo

¹ Seguimos aquí el esquema de análisis planteado por Retamozo para analizar la categoría hegemonía, quien distingue su funcionamiento en tanto categoría y en tanto concepto, retomando el debate entre Zemelman y Dussel: “Es decir, entendemos por categorías una lógica formal teórica que propone herramientas para el abordaje analítico de fenómenos. Por concepto, en un nivel menor de abstracción, los diferentes contenidos posibles que adquiere una categoría implementada en la reconstrucción de un proceso particular y en función de una problemática específica” (Retamozo, 2011: 40).

existen gracias al sesgo de interacciones, viven el tiempo de un carnaval o de un mercado, o siguen a los que se trasladan junto con su familia y sus muebles a reconstruir ese lugar especial que llamamos hogar. El lugar es, entonces, una potencialidad que crean la existencia humana o las relaciones sociales.

Sin duda, el concepto se liga a una palabra clave: experiencia. La experiencia del sujeto “carga” de sentido al lugar; el lugar, entonces, es considerado como “acumulación de sentidos” o como “acumulación de significados”. Esto trae consigo la dificultad metodológica de estudiar las subjetividades, más precisamente, la subjetividad espacial, al incluir en el análisis la construcción de sentidos.

Agnew (1987) caracteriza el concepto de lugar a partir de tres dimensiones: localidad, ubicación y sentido de lugar. La localidad refiere a los marcos formales e informales a partir de los cuales se construyen las interacciones sociales cotidianas. La ubicación incluye la localidad sumándole los procesos económicos y políticos macro que operan a escalas más amplias. El tercer elemento, el sentido de lugar, hace hincapié en las orientaciones subjetivas que se derivan de vivir en un lugar particular, respecto al cual se desarrollan sentimientos de apego a través de experiencias y memorias. Estos tres elementos funcionan en tanto momentos que se influyen y constituyen entre sí. Y, si se consideran las identidades de los movimientos sociales como procesos complejos e inacabados pero referidos a un lugar particular, es decir como procesos espaciales, debe analizárselas como constituidas por los tres elementos: localidad, ubicación y sentido de lugar.

En conclusión, tanto la categoría experiencia como el denominado sentido de lugar son elementos centrales que nos ayudarán a comprender la espacialidad de las relaciones sociales y su incidencia en la configuración identitaria de los sujetos. La construcción de lugares, entonces, involucra procesos de identificación, convergencia de experiencias comunes y de subjetividades colectivas que permiten considerar al *lugar* en tanto espacio social constitutivo y constituyente de las identidades sociales. En este mismo sentido, nos preguntamos a continuación qué aportes introduce el espacio entendido como territorio para pensar las configuraciones de identidades colectivas.



Los territorios y las identidades políticas

Comenzaré por recorrer la literatura abocada a la definición del concepto “territorio” y su potencial para el análisis de relaciones sociales, buscando identificar su aporte al estudio de las identidades y la constitución de actores políticos.

Parto de la definición a la que llegan Schneider y Tartaruga (2006: 64), luego de repasar el recorrido del concepto a través de los diversos referentes de las ciencias sociales, “el territorio se define como un espacio determinado por relaciones de poder, determinando, así, límites ora de fácil delimitación (evidentes), ora no explícitos (no manifiestos)”. Es decir, considero que la especificidad del concepto “territorio”, a diferencia de la categoría de espacio, permite introducir la variable política al pensar el espacio construido en tanto territorio como producto de relaciones de poder, de dominación y resistencia.

El surgimiento del concepto de territorio se remonta a Friedrich Ratzel, geógrafo alemán de fines del siglo XIX, quien, a pesar de introducir el análisis del papel del ser humano y de las sociedades en la geografía, se mantiene dentro de los parámetros positivistas, darwinianos y desarrolla cierto determinismo natural. Definió al territorio fundamentalmente con referencia al Estado.

En 1980, Claude Raffestin publica *Por una geografía del poder*, donde, considerando el pensamiento de Foucault, el autor sostiene que “[el] poder no se adquiere; es ejercido a partir de innumerables puntos [...]. Las relaciones de poder no están en posición de exterioridad con respecto a otros tipos de relaciones (económicas, sociales, etc.), pero son immanentes a ellas” (Raffestin, 1993: 53; traducción propia).² El territorio se entiende como la manifestación espacial del poder, fundamentada en relaciones sociales determinadas, en diferentes grados, por la presencia de energía: acciones y estructuras concretas, y de información: acciones y estructuras simbólicas.

Otro geógrafo, el norteamericano Robert Sack (1986), analiza la territorialidad humana desde la perspectiva de las motivaciones. La territorialidad es una tentativa o estrategia, de un individuo o grupo para alcanzar, influenciar o controlar recursos y personas a través de la delimitación y

² “O poder não se adquire; é exercido a partir de inumeráveis pontos [...]. As relações de poder não estão em posição de exterioridade no que diz respeito a outros tipos de relações (econômicas, sociais, etc.), mas são imanentes a elas”.

control de áreas específicas: los territorios.

Más cerca de nuestras latitudes, el brasilero Marcelo Lopes de Souza (2001) en este mismo sentido enuncia que el territorio es el espacio determinado y delimitado por y a partir de relaciones de poder, que define así un límite y que opera sobre un sustrato referencial; en definitiva, el territorio es definido por relaciones sociales. Tal como lo había sostenido Georg Simmel (1939: 216) a fines del siglo XIX y principios del XX: “El límite no es un hecho espacial con efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con una forma espacial”.

En general, en el sentido apuntado por Raffestin, Sack o Souza puede haber varios territorios en un mismo espacio. Porque, para que haya territorio, el límite debe ser usado para controlar su acceso; en términos generales podemos decir que tiene que existir una relación de poder, de subordinación, actuando detrás.

Bernardo Mançano Fernandes (2005) también coincide en que, si bien todo territorio es un espacio –no siempre geográfico, puede ser social, político, cultural, cibernético, etc.–, no siempre y no todo espacio es un territorio, son las relaciones sociales las que transforman el espacio en territorio y viceversa, siendo el espacio un *a priori* y el territorio un *a posteriori*.

El territorio, desde la perspectiva de Fernandes, es un espacio fragmentado, controlado a partir de una relación social de poder. El ejercicio de dicho poder está dado por la imposición de un determinado código de inteligibilidad del espacio, y ese poder es concedido por la receptividad. Ese espacio, como fragmento, responde entonces a una representación construida a partir de una intencionalidad. La intencionalidad de las acciones es la que explica una forma de comprensión de un individuo, un grupo o una clase social para poder realizarse, materializarse en el espacio; la intencionalidad es una visión del mundo y se constituye en una identidad. Por esto requiere delimitarse para poder diferenciarse y ser identificada. Y de esa manera construye una lectura parcial del espacio que es presentada como totalidad.

La producción de fragmentos o fracciones de espacios es el resultado de intencionalidades de las relaciones sociales, que determinan las lecturas y acciones propositivas que protejan la totalidad como parte, es decir, el espacio en su cualidad completa es presentado solamente como una fracción o un fragmen-



to. [...] Así, la intencionalidad determina la representación del espacio. Por lo tanto, se constituye en una forma de poder, que mantiene la representación materializada y/ o inmaterializada del espacio, determinada por la intencionalidad y sustentada por la receptividad. Sin esa relación social el espacio como fracción no se sustenta. (Fernandes, 2005: 3)

Esta aproximación teórica resulta útil para comprender los procesos de territorialización, desterritorialización y reterritorialización. Al pensar en estos *procesos geográficos* (Fernandes, 2005) puede identificarse la construcción de un espacio fragmentado a partir de la necesidad de un grupo de poder realizarse en dicho espacio, hacerlo inteligible y construir en forma simultánea una identidad. Y como la construcción de la identidad, como ya se ha señalado, es siempre un proceso relacional, que se realiza y construye frente a otros, la dimensión espacial es entendida también como una producción construida oposicionalmente.

Puede afirmarse que el concepto de territorio supone un espacio determinado, controlado; supone construir un espacio en el cual se ejerzan relaciones de poder que permitan su control, la definición de quienes tienen acceso a él y quienes no. El territorio, entonces, permite pensarse como dimensión constitutiva de lo político e incide, en tanto determinación espacial, en la configuración de una identidad política.

Ahora bien, ¿es posible operacionalizar el concepto de espacio para el análisis de la constitución de los sujetos políticos, sin quedarnos en el abstracto campo de la teoría ni tampoco permanecer en la “llanura” empírica descriptiva que interprete el espacio en tanto “mero escenario”?

La construcción de territorios y lugares obedece a las interacciones y experiencias sociales que permitan su control en el primer caso y su apropiación subjetiva en el segundo. Considero que la combinación de ambos conceptos es la que permite comprender la espacialidad como dimensión central y constitutiva de las configuraciones identitarias colectivas; en los siguientes apartados desarrollaremos la propuesta empírica de análisis que ayude a comprender la constitución de los movimientos sociales en tanto sujetos políticos, específicamente a través de un caso de movimiento de desocupados en nuestro país.

La Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón

La Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (CTD-AV) existe, tal como hoy está configurada –luego de diversas rupturas que aquí no cabe reseñar–, desde el año 2002; es una organización de carácter nacional, influenciada fuertemente por la organización política Movimiento Patriota Revolucionario Quebracho (MPR QB); ha mantenido una postura altamente confrontativa frente a los diversos gobiernos nacionales y provinciales desde sus inicios y desarrolla una estrategia de acción con una fuerte presencia callejera.

La CTD-AV actualmente tiene desarrollo y presencia en diversas localidades de la Región Metropolitana de Buenos Aires (en adelante RMBA): Lanús, Quilmes, Almirante Brown, Ezeiza, Esteban Echeverría, San Vicente (Alejandro Korn), Florencio Varela, Lomas de Zamora, La Plata, Merlo, Moreno, Luján, La Matanza, Malvinas Argentinas, 3 de Febrero, San Martín, Pilar, Tigre y Ciudad Autónoma de Buenos Aires; y en algunas localidades de las provincias de Misiones, Chaco, Salta, Catamarca, La Rioja, San Juan, Santiago del Estero, Córdoba, Santa Fe, Río Negro y Chubut.

En las distintas localidades y barrios de la RMBA, donde la organización posee los datos más centralizados, administra alrededor de tres mil planes sociales de empleo, a los que habría que sumarle aproximadamente mil planes más de creación y gestión provincial en el interior, distribuidos en las distintas provincias donde la CTD se desarrolla.

Ha sido protagonista de diversos planes de lucha, cortes de calle en las diversas localidades, cortes de autopistas, acampes en las avenidas centrales de las grandes ciudades, movilizaciones, actos, etcétera. Siendo catalogada por los medios de comunicación, por la mayoría de los funcionarios gubernamentales con los que mantiene canales de diálogo y por algunos dirigentes de otras organizaciones políticas y de desocupados como una organización con una fuerte carga de intransigencia, de combatividad, de altos niveles de confrontación, tanto en términos discursivos como en sus metodologías de manifestación callejera (Torres, 2006).



Los propios dirigentes y miembros de la organización³ replican y reproducen, a su vez, esos imaginarios:

Lo que por ahí distingue a la CTD de la mayoría de las demás organizaciones piqueteras es que nosotros seguimos manteniendo, si se quiere, una cierta combatividad, que tiene que ver con determinados métodos con los cuales surgió el movimiento piquetero y que se siguen llevando adelante... en muchísimas marchas tenemos problemas por los famosos palos y capuchas..., pero nosotros seguimos reivindicándolos como parte de nuestra identidad y nuestra historia como piqueteros. (Carlos, miembro de la Mesa de Enlace Nacional de la CTD-AV, 20-5-2008)

Para nosotros el piquete sigue siendo fundamental, podemos contar experiencias muy distintas en los distintos lugares donde estamos y claro que eso es así, pero te aseguro que en todos esos lugares tienen experiencias de piquetes, con sus diferentes características, claro... es diferente en cada lugar, pero son todos piqueteros y todos han hecho o hacen piquetes, eso es muy de la CTD, todos saben que siempre estamos en la calle, peleándola. (Germán, miembro Mesa de Enlace Nacional CTD-AV, 2-11-2009)

La CTD-AV es considerada aquí como un actor político, el cual instrumenta la formulación colectiva de reivindicaciones bajo la pretensión de una unidad que involucra relaciones de solidaridad y la construcción de una identidad colectiva, apelando al uso de diversas manifestaciones de protesta organizada y planificada en forma conjunta. Posee, además, un marco organizativo que ha permanecido a lo largo de los años y es un actor que cuestiona el orden social, planteando un proyecto –en tanto dimensión de futuro– orientado al cambio social, bajo esperanzas de una vida de mayor dignidad para el pueblo:

³ El trabajo empírico para la elaboración de la tesis doctoral incluyó la realización de cincuenta entrevistas a actores relevantes para la investigación: referentes y miembros de la CTD-AV de las diferentes localizaciones estudiadas y algunos de los actores estatales con los cuales la organización mantiene diálogo y hacia quienes dirigen habitualmente sus demandas y diversas notas, y observación participante en múltiples momentos y eventos protagonizados por la CTD: movilizaciones, cortes de rutas, puentes o calles, reuniones con representantes estatales, reuniones internas de la organización, festejos o actividades barriales, desarrollo de actividades laborales, etcétera. También se utilizaron datos secundarios, como fuentes periodísticas y comunicados y documentos de la organización.

No tenemos otra opción que salir a pelear por las cosas que conseguimos. Si no peleamos contra este gobierno, contra todo este régimen que tenemos en contra, es imposible tener las cosas, porque nadie nos da nada, [...] no es que estamos por gusto en la calle [...]. Tengo la esperanza de que, no sé si mis nietos, pero quizás las otras generaciones lleguen a entender que lo que estamos haciendo es para un cambio en la Argentina. (Tejerina, coordinadora de Lanús, CTD-RMBA, 22-3-2010)

Es así que propongo analizar la CTD-AV y su proceso de constitución en actor político y articulación como tal, a partir de las prácticas y sentidos espaciales que circulan en el movimiento. El protagonismo de la categoría espacio a través de los conceptos de *territorio* y *lugar* y su relación con la construcción de la identidad del movimiento es, tal como ya lo adelantamos, un elemento de relevancia que permite la producción del conflicto. Ahora bien, si esta identidad se presenta claramente definida en términos orgánicos en la CTD, entendida en tanto actor nacional, nuestro interrogante se centra en conocer cómo la configuración identitaria responde, en diferentes contextos de desarrollo de la organización, a diferentes procesos y prácticas espaciales que redundan en definiciones de *otros* particulares y, por ende, identidades diferenciales. A continuación, se presentan los resultados fundamentales del trabajo empírico realizado en los tres contextos de desarrollo de la organización bajo estudio, bajo el lente analítico espacial.

Espacio y política en la CTD-AV

He investigado, en tres localizaciones de la CTD-AV en las que se concentró el trabajo empírico –la CTD-AV de la Región Metropolitana de Buenos Aires, la CTD-AV de Comodoro Rivadavia-Chubut y la CTD-AV de Tartagal-Salta–, los momentos correspondientes a las *prácticas espaciales*⁴ de la CTD-AV (Lefebvre, 1971, 1991), sin dejar

⁴ Lefebvre ofrece una tríada de categorías para analizar la producción del espacio social: las *prácticas espaciales* –o espacio percibido– surgen de las formas en que se genera, utiliza y percibe el espacio. Estas prácticas espaciales están asociadas a los procesos de burocratización de la vida cotidiana, colonizando el históricamente sedimentado “espacio concreto”, pero también a las experiencias de la vida cotidiana



nunca de aclarar que dicho análisis corresponde siempre al recorte analítico organizacional y que no pretendí, en ningún caso, desplazar dichas observaciones al conjunto de los barrios o al de la comunidad de las ciudades que conforman la región metropolitana, la ciudad de Comodoro Rivadavia o la de Tartagal.

Antes de avanzar con la exposición del trabajo empírico-analítico, no quiero dejar de mencionar que –si bien en las tres localizaciones la retirada del Estado respecto a la dotación de servicios, asistencia y marcos regulatorios de la vida social que se dio durante la década de los noventa es un proceso con fuertes consecuencias en la forma de vida de los sectores populares–, se observa que el Estado, en tanto institución política, continúa operando y actuando en la dimensión local de manera absolutamente determinante. La vida cotidiana existe, en tanto nivel de análisis, pero no puede constituirse en forma libre y absolutamente contingente, la “larga mano” del Estado continúa, en parte, moldeándola y marcando sus rasgos.

Prácticas espaciales de la CTD-AV

Las prácticas espaciales de la CTD en las que centro este análisis son, por un lado, las generadas en torno a lo que denominamos di-

y las memorias colectivas de formas de vida diferentes, más personales e íntimas, teniendo también potencial para resistir la colonización de los espacios concretos. Las *representaciones del espacio* –o espacio concebido– refieren a los saberes técnicos y profesionales que naturalizan el ordenamiento espacial. Reenvían a la posibilidad de concebir el espacio en términos abstractos, el espacio abstracto del capitalismo contemporáneo en el cual reina la ley de intercambio de *commodities* o, dicho de otra manera, reina la comodificación del espacio. Representaciones que están vinculadas a las instituciones del poder dominante y a las representaciones normalizadas generadas por una lógica de visualización hegemónica, están representadas como “espacios legibles”. Las tensiones generadas por este espacio abstracto y homogeneizante pueden resultar en un espacio nuevo “diferenciado” –políticas de identidad que movilizan por la raza, el sexo, la clase– y llevar a la búsqueda de un “contra-espacio”. Estos aluden a los *espacios de representación* –o espacio vivido–, a las formas de conocimientos locales, dinámicos, contingentes, simbólicos y llenos de significados. Construcciones arraigadas en la experiencia, no son ni homogéneos ni autónomos, se desarrollan dialécticamente con las representaciones dominantes del espacio y permiten pensar en la generación de los espacios de resistencia a las formas del espacio abstracto, homogeneizante y dominante. Si bien en este artículo nos abocamos al desarrollo de la primera de las categorías, el análisis se complementa con los últimos dos momentos (ver Torres, 2011).

versas vidas barriales de la organización –y, puede agregarse, vidas comunitarias que rodean a la organización– y, por otro, las generadas en torno al momento del piquete como extracotidiano, pero que funciona como mito y práctica espacial aglutinante de la configuración de la CTD en tanto actor político nacional.

En diversa literatura sobre los movimientos de desocupados se ha resaltado la importancia de la inscripción territorial, como sinónimo de barrial, para explicar parte de su potencial organizativo e identitario. Para el caso de la CTD, hemos podido comprobar que no en todos los contextos el barrio habilita las mismas potencialidades explicativas.

Mientras en el caso de la CTD de la RMBA “el barrio”, efectivamente, es la unidad espacial que, construido en tanto lugar y en tanto territorio, permite la constitución de la identidad social y política de la organización, en la CTD de Comodoro y en la de Tartagal, por el contrario, no es el barrio el espacio social activado en este sentido, sino la comunidad local.

La proximidad en el espacio y en el tiempo constituye un criterio que permite comprender la constitución de redes sociales y relaciones de reciprocidad, aún más entre las personas de escasos recursos, entre quienes la movilidad es un costo importante, aunque, para que se den las relaciones de reciprocidad, esta proximidad, además de espacial, debe ser también psicosocial, aludiendo a ciertos grados altos de confianza entre las partes. Por otro lado, debe existir cierta infraestructura que configure el barrio en tanto unidad espacial en su carácter funcional, medido nuevamente por las distancias. Dentro de un barrio existen una escuela, una unidad de atención sanitaria, una iglesia, una zona comercial. Si el barrio no cuenta con este conjunto, más o menos suficiente y completo, entonces desde el punto de vista funcional, pierde sentido en tanto unidad y obliga a sus habitantes a traspasar sus límites con mayor asiduidad en la búsqueda de bienes y servicios, es decir, a realizar recorridos que impliquen salidas frecuentes del barrio lo que subvierte la vida cotidiana del mismo.

Como primeros elementos a comparar entre los barrios donde la CTD está presente, en las tres localizaciones estudiadas, identificamos, entonces, el tipo de vida cotidiana desarrollada por la organización en torno al espacio, las relaciones de reciprocidad que atraviesan a los miembros de la CTD y el tipo de infraestructura barrial y, por ende, la existencia de recorridos, por parte de los miembros de la organización,



que involucren salidas habituales del barrio de residencia. Los resultados fueron volcados esquemáticamente en el siguiente cuadro:

	CTD RMBA	CTD Comodoro	CTD Tartagal
Vida cotidiana	Centros populares. Uso de los espacios públicos del barrio (las calles, las plazas) y las casas de los dirigentes.	Local en el centro de la ciudad. Poco uso de los espacios públicos y de las casas.	Sin local y sin centros populares. Uso de los espacios públicos de la localidad y las casas de los dirigentes.
Relaciones de reciprocidad	Redes de intercambio intrabarriales.	Redes de intercambio interbarriales.	Redes de intercambio interbarriales.
Infraestructura barrial/Recorridos de miembros CTD	Variable, pero generalmente suficiente/Pocos recorridos que impliquen salidas del barrio.	Escasa/Habituales recorridos que impliquen salidas del barrio.	Escasa/Frecuentes recorridos que impliquen salidas del barrio.

Cuadro 1. Prácticas espaciales en torno al barrio

Al pensar en los lazos de identidad barriales, en las relaciones de pertenencia construidas a partir de las experiencias de la vida social que ocurren dentro de los márgenes de lo que los individuos y grupos consideran “su barrio”, se está pensando en el barrio entendido como un *lugar*. Lo mismo puede decirse respecto a la apropiación de la ciudad o comunidad de pertenencia. Aquellas variables subjetivas que quedan fuera de la concepción funcional estricta del barrio o de la ciudad, son aquí puestas en el centro otorgándole sentido a la noción. Me refiero al entramado social de experiencias y significados compartidos que, aunque no exento de conflictos, otorga al espacio así *vivido* un sentido de apropiación y compromiso que refiere a sentimientos de pertenencia.

Aquellas primeras distinciones descriptivas de cada una de las localizaciones de la CTD ayudan a entender el diferente rol del espacio, en

términos de *espacios disputados*, en cada uno de dichos contextos, los cuales se describen a continuación y que se vuelcan en el cuadro 2.

Puede sostenerse que en la CTD de la RMBA se disputa territorialmente frente a estructuras partidarias, instituciones estatales u organizaciones sociales con las que convive en los barrios, y lo hace a través de la militancia barrial, de la presencia y la atención de las necesidades de “los vecinos” y no únicamente de sus militantes; construyendo “marcas” geográficas barriales propias de la organización: los Centros Populares, que resemantizan la vida barrial; dotando a la convivencia cotidiana en dicho espacio de sentidos sociales y políticos, y desarrollando prácticas colectivas que se apropian del territorio de manera diferencial, como proyectos de autoconstrucción de viviendas, talleres productivos y proyectos de educación popular.

—Del grupo “original” de quince mujeres con las que comenzamos el trabajo en la CTD solo quede yo, porque las demás por un motivo u otro se fueron yendo... algunas se cansaron de tanto trabajo y tanta lucha, se fueron con el municipio... (Julia, responsable de comedor, La Plata CTD- RMBA, 18-12-2008)

—Yo creo que las organizaciones de desocupados son organizaciones barriales, territoriales, donde básicamente transcurre la vida de las personas, la vida de barrios enteros. Entonces creo que tiene que ver con una vida cotidiana que en otra organización no se da. (Germán, miembro de la Mesa de Enlace Nacional CTD-AV, 16-6-2009)

Por el contrario, en los casos de la CTD de Comodoro Rivadavia y de Tartagal el barrio no es una construcción social importante en términos de definición organizacional, la vida cotidiana de la organización y las disputas que estructuran su discurso hacen eje en la dimensión comunitaria: frente a los poderes provinciales o extranjeros que deciden sobre los recursos naturales de la zona, fundamentalmente los recursos hidrocarburíferos, generadores de las principales fuentes laborales. Por otro lado, existe segregación espacial de estos sectores populares respecto al “centro” de la ciudad o de la provincia, condición sentida por los mismos como de marginación espacial.



—Comodoro es una ciudad de trabajo por eso es que igual nos gobiernan desde el valle⁵..., vos fijate que los recursos que salen de Comodoro... los que mejor calidad de vida tienen es en el valle gracias a los recursos nuestros, ¿por qué? Porque la gente se levanta a las cinco de la mañana y baja de los yacimientos, la mayoría, a las ocho de la noche... es una ciudad de trabajo... (Chino, coordinador general CTD Comodoro Rivadavia, 5-2-2009)

—Nosotros somos todos argentinos y comodorenses... cómo puede ser que siendo argentinos y comoderenses no podamos trabajar en nuestra propia ciudad, una ciudad de trabajo y riqueza por donde la mires: por el petróleo, por la pesca... (Andrés, participante de base, CTD Comodoro Rivadavia, 16-8-2008)

—La “lucha sanmartiniana”, por llamarle así, siempre fue que San Martín, hasta “fantasía” podríamos llamarla, se independice de la provincia de Salta, ser una provincia aparte, porque San Martín es el departamento que más genera coparticipación de toda la provincia de Salta..., todos los estadios, autopistas que se ven en Salta capital, la plata sale de acá. (Alejandro, referente CTD Tartagal, 24-11-2010)

Tanto en el caso de la CTD de Comodoro como en el de Tartagal, prima la idea de que las principales tareas que atender son las relacionadas con los puestos de trabajo o con las estrategias de capacitación —organizan cursos gratuitos de capacitación permanentes en computación y oficios—, para ayudar a la inserción laboral de las personas, porque la historia local asociada al pasado ypefiano, el contexto geográfico —incluso desde su dimensión climática— iluminan y refuerzan una identidad vinculada a lo familiar-laboral y no tanto a lo “barrial-asistencial”.

—¡Qué vamos a clavar cuatro chapas y a dar polenta a nuestros pibes! Cuando vienen los vientos de cien kilómetros por hora, andá a buscar las chapas... y ¿polenta? nosotros queremos que nuestros nenes coman bien y con su familia, no en un

⁵ Se refiere a la zona de la provincia donde se emplazan las ciudades de Rawson (capital de la provincia) y Trelew.

comedor. Siempre tuvimos un compromiso más con el tema del trabajo genuino y no con..., porque por ahí se planteaba los planes fueron una parte, pero creemos que el trabajo es el que te dignifica como persona, y no con los comedores, nosotros creíamos que eso no ayudaba como familia, que al chico lo expulsás metiéndolo en un comedor, creo que no fue buena esa experiencia por lo menos acá. (Chino, coordinador general CTD Comodoro Rivadavia, 5-2-2009)

—Estamos concentrados en pedir más trabajo genuino para todos los compañeros, porque ese es el objetivo, conseguir trabajo para las compañeras y los compañeros de la CTD, que puedan tener un sueldo digno, un salario digno para que puedan tener una educación digna para sus hijos, una vivienda digna para sus hijos y el aumento salarial de los planes sociales y de los puestos de trabajo. (Susana, coordinadora general CTD Comodoro Rivadavia, 6-2-2009)

—Es que si tenés trabajo tenés todo... de qué me sirve a mí conseguir mercadería una vez al mes para un comedor, con eso no resuelvo el problema, es “pan para hoy y hambre para mañana”, como dice el dicho, en cambio, si conseguimos trabajo, tenés resuelta la comida de todos los días, ¿entendés? (Petete, referente CTD Tartagal, 18-10-2010)

Puede evaluarse el impacto de los sentidos y configuraciones en torno al mundo laboral en estas localidades, fruto de experiencias históricas donde el culto al trabajo impregna no solo el entramado de sentidos sociales y económicos, sino también culturales. La política de inscripción territorial-barrial, planteada por la CTD como refugio para la contención y la acción de las clases populares en las grandes urbanizaciones, como la RMBA, es desconocida en estos lugares frente a un sentimiento más poderoso de comunidad y de ciudad de pertenencia, oponiéndose a las ciudades capitales de sus respectivas provincias, a la capital del país o a agentes económicos extranjeros. En Comodoro Rivadavia y Tartagal, entonces, aparece con más fuerza la pertenencia de los miembros de la CTD a una comunidad más amplia, la localidad, que posee un pasado de trabajo, pero también de segregación espacial, y dicho sentimiento de pertenencia es activado ante poderes externos a la misma que pueden tomar la forma de agentes estatales o privados, nacionales o extranjeros.



CTD RMBA	CTD Comodoro	CTD Tartagal
Disputas con otras organizaciones, agentes estatales o partidos políticos tradicionales.	Disputas intracomunitarias: por el espacio en la ciudad, en tanto pobres y desocupados.	Disputas comunitarias: por el espacio en la región. Modelos de explotación de la tierra.
Segregación espacial intraciudad (centro vs. periferia) e intrabarrial (adelante vs. "el fondo").	Segregación espacial intraciudad (centro vs. periferia).	Segregación espacial regional.
Proyectos de autoconstrucción de viviendas. Talleres productivos. Proyectos de educación popular.	Disputas por el espacio, en tanto comunidad, frente a poderes centrales provinciales.	Disputas por el espacio, en tanto comunidad, frente a poderes provinciales y extranjeros.

Cuadro 2. Prácticas espaciales en torno al barrio: disputas en el barrio y en la comunidad

Por otro lado, respecto a la práctica espacial del piquete, es en ese momento donde se encuentra el punto de condensación de los rasgos que la CTD, como organización, construye entre sus miembros como partes de su perfil de lucha y combatividad.

“Somos los piqueteros”, “Este es el movimiento piquetero”, “¿Dónde nos vemos, compañeros? ¡En la ruta!”. Estas son todas expresiones comunes entre los dirigentes y miembros de organizaciones de desocupados, que aluden al piquete como la traducción principal, en lo que se refiere a metodologías de lucha, de ser un desocupado organizado.

La práctica del piquete se torna fundamental a la hora de pensar sobre la territorialidad de la organización, al plasmar la construcción o territorialización de la misma: se pelea por el control de un área o espacio, determinando sus límites y decidiendo sobre la circulación sobre el mismo, se controla la posibilidad de su acceso. Esta pelea

tiene claros oponentes: el Estado, a través del cuerpo policial que le responde y también personificado en los funcionarios con los cuales se establecen los canales de negociación:

—Y es en el corte cuando más nos sentimos poderosos, porque ahí estamos plantados, hacemos del corte de la calle como si fuera nuestra, es donde nosotros podemos mandar y ellos, los políticos, la policía nos tiene que escuchar, por más que a veces no nos den lo que pidamos... (Perla, coordinadora Moreno, CTD-RMBA, 20-5-2010)

El piquete es, entonces, un *territorio*, porque claramente concretiza en el espacio el ejercicio de poder de la organización, marcando límites y controlando el acceso y la circulación a través de dicho límite. Pero también es un *lugar* y, como tal, apropiado por los miembros de la organización en el proceso de construcción del nosotros que la sustenta. Resta, pues, interrogarse acerca de las representaciones y sentidos que son construidos por los miembros de la CTD, en sus diferentes localizaciones alrededor del piquete, no ya en términos de territorio, sino en términos de lugar.

De acuerdo al trabajo de campo, se comprobó que en la CTD de la RMBA dicha construcción difiere de acuerdo al sentido que cada uno le otorga, dentro de la misma organización, según se trate de las mujeres, de los hombres, de los jóvenes o de los niños.

Por empezar, un grupo fundamental dentro de la CTD-RMBA —y de casi todos los movimientos de desocupados— lo ocupa la mujer. Las mujeres de la CTD-RMBA, si bien no todas piensan o sienten igual, en su gran mayoría manifiestan ciertas apreciaciones sorprendentemente elocuentes respecto al piquete.

Diversos relatos de mujeres hablan de un proceso de cambio en la forma de entender, concebir y vivir el piquete: desde una posición inicial de temor o aprehensión ante una práctica que aparecía como de excesiva exposición, el corte de calle o ruta, pasaron, ante la necesidad y la ausencia de caminos alternativos eficientes, a aceptar esta forma de lucha y, a través de su práctica concreta, la revalorizaron, tanto por su eficacia como por su valor simbólico y social. El lugar de la mujer en el piquete, si bien al comienzo estuvo restringido al cuidado de los niños y la organización de la comida o de las “comodidades” para

pasar las horas en el corte, pronto fue aumentando, asumiendo otras tareas organizativas y de representación: participación en las reuniones de coordinación con otras fuerzas políticas o sociales, articulación de alianzas, reuniones de negociación con autoridades o responsables políticos de cargos de gobiernos.

Las mujeres nos hablan de la revalorización de su rol, no solamente de su función en tanto madres, cocineras y organizadoras del hogar ahora transmutado en un hogar “público” ya no “puertas adentro”, sino en el espacio común y a la vista de todos, sino también de su capacidad de ofrecer el cuerpo para la resistencia y la defensa de ese territorio ganado. Saben que el número es una de las pocas variables que estos movimientos pueden utilizar como recurso de defensa ante un posible desalojo o represión, y basta visitar cualquier barrio o acercarse a cualquier piquete o manifestación de las organizaciones de desocupados para notar que la presencia femenina es, clara e indiscutiblemente, la predominante. Las mujeres se perciben, así, como un factor de poder.

Por su parte, los jóvenes miembros de la CTD-RMBA, tanto mujeres como varones, pero aún más estos últimos, se apropian del piquete en su rol de miembros que aportan fuerza, disponibilidad horaria, noctambulismo, pero también “aguante”, capacidad de resistencia, experiencia callejera. El espacio está, para ellos, bajo su control. Esto puede verse con claridad en la experiencia de la construcción de los cordones de autodefensa⁶ que actúan en los piquetes, marchas o cualquier manifestación pública que lleve adelante la organización.

Los hombres adultos de la CTD son, notablemente, los más débiles en términos numéricos respecto a las mujeres y los jóvenes, pero su presencia es más habitual en los piquetes que en las manifestaciones u otras acciones de protesta de la organización; el protagonismo y la exposición, que supone el piquete para la construcción de la identidad y de la imagen pública de la CTD, los incentivan a participar de la actividad y de la apropiación del espacio que en ella se lleva a cabo.

⁶ Dicho grupo que funciona organizado como tal solo en la CTD de la región metropolitana, es una suerte de formación que pretende garantizar la seguridad del grueso de la columna de manifestantes ante posibles embates represivos. Implica una formación de cierta regularidad, que incorpora a poco más de media centena de miembros, la enorme mayoría de ellos jóvenes, que aparecerán públicamente con sus rostros tapados y portando palos en una clara actitud desafiante ante la posibilidad del enfrentamiento represivo.

Por último, creo que los niños –quienes, para los análisis más habituales de las organizaciones de desocupados, aparentemente no concentran demasiado interés–, son centrales en el desarrollo del piquete, ya que otorgan al lugar las notas lúdicas y festivas que los chicos suelen hilvanar a su alrededor, pero también condicionan de diferente manera el lugar que será apropiado por los mayores: no solo es un escenario de pelea, sino que se resignifica en términos familiares, con características de lugar de crianza, lugar al que se traslada la familia entera y que, como tal, debe ser defendido y cuidado.

A su vez, estos “grupos” identificables en los piquetes no son los mismos en los que se desarrollan en la región metropolitana de Buenos Aires, que en los que se realizan en Comodoro o en Tartagal, obedeciendo dichas diferencias a variables económicas y políticas de cada región, pero, junto con esto, a diferentes construcciones y militancia propias del movimiento social en cada lugar. En el caso de la CTD de Comodoro, la apropiación simbólica del piquete se produce a través de la identificación como comoderenses pobres y en el caso de la CTD de Tartagal, se interconecta –con esta apropiación de dicha práctica espacial en tanto tartagalenses pobres– una dimensión histórica, como protagonistas pioneros de esta metodología, haciéndose eco de una dimensión comunitaria de confrontación.

La posibilidad de demarcar un espacio como territorio apropiado sobre el que se ejerce poder permite comprender la constitución de un espacio político en cuya definición y en cuya defensa se imbrica la constitución de la organización como actor político.⁷

En este sentido, propongo la hipótesis de que el “corte de ruta” actúa como un espacio de lucha territorial, se organiza como una práctica espacial que contribuye a la adopción de una identidad de la CTD como colectivo demandante de sus necesidades y reivindicaciones, y que como tal disputa no solo por controlar el espacio y su acceso, sino también por dotarlo de significado.

De modo similar, creo que la construcción de una referencia propia por parte de los miembros de la CTD también se relaciona estrechamente con esta idea de “piqueteros”, instaurando, a su vez, disputas y conflictos en torno a su significación frente a otras organizaciones

⁷ No obstante esto, debemos señalar que el piquete, en tanto “estigma”, también está presente entre los miembros base de la organización que, en ocasiones, dejan entrever su disconformidad o corrimiento respecto a dicho perfil de combatividad y lucha.

de desocupados. En estas disputas y conflictos es que se comienza a delinear la identidad política, la posibilidad de constitución de un nosotros que se define en términos de luchas por el poder, en este caso, el poder de dar nombre y definición a la acción colectiva, sintetizada en la idea del “piquete”, incluso en los períodos en los que no se llevan adelante cortes de rutas.

	CTD RMBA	CTD Comodoro	CTD Tartagal
Piquete como territorio	Politización del espacio y disputas por su configuración.	Politización del espacio y disputas por su configuración.	Politización del espacio y disputas por su configuración.
Piquete como lugar	Apropiación diferencial por parte de: -mujeres, -hombres, -jóvenes, -niños.	Apropiación: -en tanto comoderenses desocupados.	Apropiación: -histórica, -comunitaria, -en tanto tartagalenses desocupados.

Cuadro 3. Prácticas espaciales en torno al piquete

¿Pueden pensarse el piquete y el barrio como “formas” que, de acuerdo a los casos –y, por supuesto, de acuerdo al tiempo–, se inscriben en procesos de producción espacial diferentes? Creo que sí.

Dichos procesos, si bien siempre revisten carácter contingente, refuerzan los lazos identitarios al colaborar, por un lado, en la configuración de identidades sociales que se asientan en la apropiación del espacio en tanto *lugar*, y, por el otro, en la construcción en tanto actor político, al plantear la confrontación espacial en términos de *territorio*.

El piquete, en tanto ejercicio de poder y control del acceso a un espacio público claramente delimitado, es un espacio originariamente político, se manifiesta como una práctica espacial de acción política que atraviesa fuertemente la identidad política de la CTD en todas sus localizaciones.

El barrio, por su parte, es un espacio de múltiples interacciones sociales que solo mediante mecanismos de intervención particular puede transformarse en un espacio politizado. En la descripción precedente se observa que en la CTD este proceso de politización del espacio barrial ocurre, en los barrios de la región metropolitana –por medio de las prácticas autogestionarias, de educación popular y las actividades en el barrio, como reuniones, asambleas y talleres–, apoyándose en identificaciones sociales barriales y prácticas políticas históricas que posibilitan dicha intervención, e imbricado en las relaciones de reciprocidad barriales y alimentándolas.

Pero este proceso de politización del barrio no se observa en la CTD de Comodoro Rivadavia ni tampoco en la CTD de Tartagal. En estas localidades del interior del país aparecen otras prácticas simbólicas respecto al espacio, las cuales dotan de legitimación y sentidos los objetivos y las actividades de la organización en las respectivas zonas. En estos casos, es la idea de ciudad y comunidad la que toma fuerza al pretender comprender la configuración de la identidad de la organización y su rol político, erigiéndose como aglutinante de los sentidos de pertenencia y soberanía territoriales en torno a los recursos naturales que deberían ofrecer riqueza y trabajo al lugar.

En síntesis, las disputas espaciales que lleva adelante la organización refieren, en cada lugar, a experiencias diversas que redundan en favor de producciones del espacio diferentes y, por ende, de la conformación de identidades no idénticas.

Comentarios finales

La ecuación entre politización popular y militancia barrial que se observa en el caso de la CTD de la RMBA no se da en los de Tartagal y Comodoro Rivadavia. Las redes sociales de reciprocidad que caracterizan las relaciones de la vida cotidiana en los barrios de la CTD de la RMBA se imbrican con la organización y configuran la “malla” de contención de muchos de sus miembros, mientras que en Tartagal y Comodoro Rivadavia, por el contrario, estas relaciones de reciprocidad permanecen fuera de la CTD y, por ende, no representan un elemento de análisis para pensar y explicar la organización y la acción colectiva del movimiento. En estas dos localidades, la politización se asienta



en la construcción de un discurso legitimador comunitario que, por un lado, defiende la soberanía sobre las riquezas naturales de la zona y, por otro, erige a los miembros de la CTD como herederos sociales y políticos del desmantelamiento de un modelo de bienestar pasado, anclado en la experiencia del “mundo ypefiano”.⁸

El barrio, por un lado, y la localidad como comunidad, por el otro, funcionan como ejes analíticos que permiten pensar la articulación de prácticas espaciales cotidianas de los miembros de la CTD: en la RMBA, a partir de la inscripción y raigambre barrial, construyendo los lazos de identificación con la organización y, en Tartagal y Comodoro, en tanto miembros pobres de dichas localidades, excluidos del mundo laboral de sus comunidades.

Para asumir la identidad política de la organización, se completa la operación en el momento del piquete, vivido como escenario necesario para esa construcción de una referencia propia; el piquete como *lugar*, pero también como *territorio*, en tanto momento público de la disputa y la lucha por los significados del espacio, supone la posibilidad extracotidiana de emergencia de “contraespacios de la resistencia” (Oslender, 2002).⁹

Las prácticas espaciales que la CTD construye alrededor de sus actividades cotidianas y extracotidianas han implicado la lenta conformación, aún en proceso y cargada de tensiones, de identidades sociales y políticas que contienen, a la vez que trascienden, a esas identidades sociales de matriz laboral, etaria y de género, así como a aquellas construidas durante la acción colectiva: “identidad piquetera”, o aquellas ligadas a las reformas estructurales de la década del noventa: trabajadores desocupados. Estas nuevas identidades no operan como alternativas, sino que reconfiguran y se solapan con las distintas identidades previas. Todas estas matrices, entonces, conforman y explican la reconstrucción

⁸ Para más referencias relativas al proceso de privatización de YPF y su impacto en el concepto de trabajo para el caso de la CTD de Comodoro Rivadavia consultar Torres (2012).

⁹ Sin embargo, no dejamos de tener en cuenta que el piquete en tanto relato oficial de la organización, a través del cual la misma busca dar sentido y unidad a muchos de sus contenidos y prácticas, tiene su contrapartida en el desprestigio y halo despectivo que rodea, en muchas ocasiones, la evaluación del piquete por los mismos miembros de la CTD y por los vecinos o lugareños con los que estos conviven. La operación del relato “oficial” de la organización, si bien es constante y con pretensión de coherencia, no alcanza a anular las percepciones negativas, construidas y puestas en movimiento por el discurso de las autoridades de gobierno y los medios de comunicación, y que son expresadas también por algunas voces internas de la CTD.

identitaria que, de acuerdo a los casos analizados, plantea espacialmente la CTD en este complejo proceso organizativo.

De este modo, las prácticas espaciales son configuradas como *lugares* y *territorios* apropiados, socializados y politizados, a través de la CTD, de diferentes maneras de acuerdo a los contextos, el *otro* es encarnado por diferentes actores según se examine el funcionamiento de la CTD en la RMBA, en Tartagal-Salta o en Comodoro Rivadavia-Chubut, tal como fue demostrado.

La generación de contraespacios es un elemento central de la operación política protagonizada por los movimientos sociales. En el caso que nos ocupa, tanto la politización de los barrios a través de prácticas espaciales de autogestión y disputa por los significados y sentidos del trabajo y del barrio, como la disputa por el significado y uso de las riquezas naturales y los beneficiarios de las mismas nos introducen en la conformación de una organización como actor político, demostrando la conflictividad constitutiva de los espacios cotidianos y extracotidianos de la estructura societal. Sin embargo, esta generación de contraespacios debe trasladarse del plano semántico, es decir, de la disputa por los sentidos, a la posibilidad material de su reproducción para que, efectivamente, tenga el potencial disruptivo necesario para hablar de dislocación del orden. Esto es, desde mi punto de vista, un proceso que aún se mantiene incompleto.

Bibliografía

- Aboy Carlés, G. (2005). "Identidad y Diferencia Política". En Schuster, F., Naishtat, F., Nardacchione, G. y Pereyra, S. (comps.) *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*. (pp. 111-128). Buenos Aires: Prometeo.
- Agnew, J. (1987) *Place and politics: the geographical mediation of state and society*. Boston: Allen & Unwin.
- Auyero, J. (2002, marzo-abril). "La geografía de la protesta". *Trabajo y Sociedad. Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*, III(4), Santiago del Estero. En línea: <<http://www.unse.edu.ar/trabajoysoiedad/AuyeroEspacial.htm>>. Consultado el 20 de noviembre de 2011.
- Calhoun, C. (1999). "El Problema de la Identidad en la Acción Colectiva". En Auyero, J. *Caja de Herramientas* (pp. 77-114). Buenos Aires: UNQ.



- Castells, M. (1999). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Volumen 2: El poder de la identidad*. México: Siglo XXI.
- Giménez, G. (1997). “Materiales para una teoría de las identidades sociales”. *Frontera Norte*, 18, 9-28.
- (2007). *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. México: Conaculta-Iteso.
- Grimson, A. (2003). “La nación después del (de)constructivismo: la experiencia argentina y sus fantasmas”. *Nueva Sociedad*, 184, 33-45.
- Lefebvre, H. (1971). *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Ediciones Península.
- ([1974] 1991). *The production of space*. Oxford: Blackwell.
- Mançano, B. Fernandes (2005). “Movimientos socioterritoriales y movimientos socioespaciales”. *OSAL*, 16, 273-283.
- Massey, D. (2005). “La filosofía y la política de la espacialidad”. En Arfuch, L. (comp.) *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias* (pp. 101-128). Buenos Aires: Paidós.
- Oslender, U. (2002, junio). “Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una ‘espacialidad de resistencia’ ”. *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, VI(15). En línea: <<http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-115.htm>>. Consultado el 11 de febrero de 2012.
- Raffestin, C. ([1980] 1993). *Por una geografía do poder*. Sao Paulo: Ática.
- Retamozo, M. (2011). “Tras las huellas de Hegemón. Usos de *hegemonía* en la teoría política de Ernesto Laclau”. *Utopía y praxis latinoamericana*, 16 (55), 39-57.
- Sack, R. D. (1986). *Human Territoriality: Its Theory and History*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Saint-Exupéry, A. de (1973). *El principito*. Buenos Aires: Emecé Editores S. A.
- Schneider, S. y Tartaruga, I. (2006). “Territorio y enfoque territorial: de las referencias cognitivas a los aportes aplicados al análisis de los procesos sociales rurales”. En Manzanal, M., Neiman, G. y Lattuada, M. (comps.) *Desarrollo rural. Organizaciones, instituciones y territorios* (pp. 71-102). Buenos Aires: Ediciones CICCUS.

- Simmel, G. (1939). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Buenos Aires: Espasa Calpe.
- Souza, M. Lopes de (2001). “O território: sobre espaço e poder, autonomia e desenvolvimento”. En Castro, I. E. de, Gomes, P. C. da C., Corrêa, R. L. (orgs.). *Geografia: conceitos e temas* (pp.77-116). Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Torres, F. (2011). *Territorio e identidad en los movimientos de desocupados en Argentina. El caso de la CTD- Aníbal Verón*. Tesis. Doctorado en Ciencias Sociales, UNLP, [Mimeo].
- (2012). “La privatización de YPF en Comodoro Rivadavia. Algunas características y consecuencias sociales y laborales”. *Trabajo y Sociedad. Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*, XV(18), 279-295, Santiago del Estero. En línea: <<http://www.unse.edu.ar/trabajoysoiedad/18%20TORRES%20Privatizacion%20YPF.pdf>>. Consultado el 2 de abril de 2012.
- Valencia García, G. (2002). “Pensar al tiempo desde las ciencias sociales” *Cuadernos de trabajo*, (12). En línea: <<http://www.uv.mx/iihs/Cuaderno12.pdf>>. Consultado el 2 de noviembre de 2011. Actualmente disponible en: <<http://www.uv.mx/iihs/files/2012/11/Cuaderno12.pdf>>.

